

Hasta entonces, y después, no había sido yo, ni he sido nunca, lo que se puede llamar un enfermo; pues descarto el reuma y sus consecuencias, que me molestan en verdad, me dificultan mis asuntos y me han valido trampas y miserias, y desde hace cerca de diez años, me han convertido en una suerte de enfermo sano, rabioso a veces y a veces decaído... Pero dicen que antes del vencimiento final, hemos de pagar todos nuestro tributo, o, para decirlo en términos más modernos, nuestra deuda. Una noche, pues, me sentí acometido de fiebre; nada tan delicioso como un comienzo de fiebre; es una cosa volátil, las ideas —¡porque pensamiento no tiene uno ya, y qué alivio!— giran entrelazándose y zafándose sin cesar y siempre. No sabemos ya dónde estamos, sino que nos encontramos allí bien y mejor. Es algo así como ese momento de la embriaguez en que creemos recordar que hemos ya vivido antes aquel momento y que lo estamos viviendo otra vez. Sólo que aquí es la sensación tan confusa, que deja de ser sensación para convertirse en caricia indefinida, en el goce de una nada mejor que toda

plenitud. Un capítulo y hasta un libro llenaría si hubiera de analizar esa suerte de estado que jamás experimenté tan a lo vivo como en aquel momento de mi existencia. Como yo había puesto en conocimiento de mis padres el cambio operado en el curso normal de mi salud, y de otra parte, la repentina pérdida del apetito y una desacostumbrada volubilidad en mis palabras, que empezaban a hacerse incoherentes, los informaban bien a las claras, así como el sospechoso ardor de mi tez, y se mostraban inquietos, llegué a creermé en peligro de muerte y me decía a mí mismo —cual un Luis XIV en pequeño— que no era tan doloroso eso de morir. Luego se me fué cargando por grados la cabeza, difundíéndose fuego por mis venas y me dormí con un sueño turbado por mil ensueños que se prolongaban en mil sobresaltados desvelos. En una palabra: que la enfermedad, una fiebre mucosa, declaróse muy peligrosa y fuerte. Acometióme un delirio violento y multiforme, en el que tan pronto reía como lloraba, quedándome como alelado unas veces y dándome otras por hablar. Me han contado un episodio de aquel delirio que es bastante raro: la tabla de multiplicar y la lista de los departamentos con sus capitales y sub-prefecturas, esas dos fieras corruptas de los estudiantes, quimeras acurrucadas sobre mi jadeante pecho, eran tema frecuente de mis diva-

gaciones, en las que, con el sistema métrico, otro vestiglo, hacía yo una mezcla que en cualquier otro caso habría resultado muy divertida. Así, por ejemplo, entre dos sopores, salteados de palabras ininteligibles, solía yo decir: Cinco por ocho Saint-Breuc, Lannión, Loudeac, Vendea, La Roche-sur-Yon, deci, centi, mili, decámetro, diez metros veces Poitiers, Chatellerault, Civray, Loudun, Montmorillon...

Salvarónme desvelos infinitos, pasé poco a poco la convalecencia dolorosa primero, molesta después, imperiosa e impaciente y luego plácida y zalamera, en respuesta a los prudentes mimos que me dispensaba mi madre, por quien yo concebí un cariño enteramente nuevo, por haberla visto, o más bien, entrevisto, tan buena, toda abnegación y vigilia y desvelo incesante, en lo más recio de la crisis. Al ingenuo, si no enteramente instintivo afecto de que hasta allí la rodearan y asediaran mi debilidad e ignorancia, sucedió desde entonces el amor filial, instintivo también, y que está, como tan acertadamente dicen las personas buenas, en la masa de la sangre, pero que ahora, además, resultaba, por decirlo así, razonado, aunque para la vida siguiera siendo inexplicable, agradecido, y más y mejor que todo eso, consciente de ser, a su vez, capaz de abnegación y susceptible de sacrificio. Y ese sentimiento todopoderoso y dulce, bueno por ex-

celencia, manifestóse a lo primero por una docilidad risueña, enternecida en el fondo, hasta sentir unas deliciosas ganas de llorar. No hubo tisana tan amarga, ni droga tan dura de tragar, que pudiese arrancarme, cuando era mamá quien me la ofrecía, otra cosa que una sonrisa, podría decir de beatitud, y cuando llegó al fin la curación, abrazos muy apretados, besos muy fuertes y luego muy tiernos y salpicados de algunas lágrimas ardientes en sus mejillas y en sus manos, y refrigerantes, ¡oh, cuánto!, para mi pobre corazón de niño, tan puro todavía entonces, y en el fondo, siempre que pienso en mi madre, para mi pobre corazón de hombre desgraciado por mi culpa, y falto de haberla tenido siempre ante los ojos, hasta muerta, sobre todo muerta como está ahora. Pero no; ella vióse en mi alma, y yo se lo juro aquí, que su hijo vive con ella, llora en su regazo, sufre por ella y no ha dejado ni por un instante —aun en sus peores yerros, más bien diría flaquezas— de sentirse siempre bajo su custodia, reproches y alientos...

—Ahora que el chico está ya bien, y que todo temor de desórdenes y saqueos ha desaparecido —dijo un día mi padre que, como todo el mundo, en aquel tiempo había temido un trastorno y conflagación inmediatos, cuyas amenazas parecen pesar también sobre nuestra época para

brevísimo plazo—, ¿por qué no lo metemos en el Liceo? ¿Qué dices tú a eso, mocoso?

El “mocoso” era, naturalmente, yo, a quien mi padre se complacía en llamar así, y que muy ufano a la idea de lucir un quepí, un capote y hacer “estudios”, respondí:

—¡Oh! ¡Claro que sí!

Mi madre prefería que me llevaran a un internado que al Liceo. El internado es más familiar y yo tendría allí un poco de paternidad —ella pensaba de maternidad— a más de las ventajas escolares —pensaba ella—, oficiales, provechosas, prácticas para más adelante, del Liceo.

Decidiéronse, pues, mis padres por un internado donde se encargaran de conducirme al Liceo.

Con frecuencia, en mis paseos en familia, al pasar por la calle Chaptal, según se viene de Batignolles, había yo reparado casi a la entrada, a la izquierda, en una verja que daba a un patio enlosado, con un cuerpo de edificio y a continuación de la verja, horadado por un postigillo, un largo muro con grandes trozos de madera negra colgados de unos clavos dorados donde en letras de oro leíanse los nombres de todas las clases de cosas que enseñaban allí: “Preparaciones para las Escuelas especiales, Bachillerato, Licenciatura, Enseñanza secundaria y

primaria. Cursos del Liceo Bonaparte y del Colegio Chaptal, etc., etc." Por encima de la verja había una muestra a todo lo largo, también de madera negra, con este rótulo en letras igualmente de oro, pero mucho más gordas: "Institución L..." Aquella pomposa fachada había-me seducido y les expresé a mis padres el deseo de ingresar allí, deseo al que ellos accedieron, después de pedir informes y ver que éstos eran buenos.

Casi alegre, mediante promesa de que irían a verme a menudo, ingresé en el Colegio cierta tarde. El director del mismo, oficial de Academia, caballero de la Legión de Honor, y, lo que, por aquella época vestía mucho, capitán de la Guardia Nacional, en la que habían hecho un gran espulgo después del Dos de diciembre, un hombretón muy corpulento y completamente afeitado, según se estilaba por aquel tiempo en la buena burguesía, infundiome al pronto cierta reverencia. Hablaba con tono algo seco pero franco, y sin alharacas ni insistencias, hizome el elogio de su establecimiento, "muy conocido" de padres a hijos y que se enorgullecía de haber dado de sí hombres notables y notorios como, por ejemplo, el señor de Sainte-Beuve. Hízonos luego visitar los dormitorios, que no me parecieron del todo mal, con sus ladrillos rojos bien dados de cera, sus altas paredes pintadas de verde

C O N F E S I O N E S

claro y sus hileras de blanquísimos lechos, con sendas comodicas y una silla al lado, y el comedor que despedía un olorcillo no del todo desagradable a sopa y berza. En las paredes había cartones azules ceñidos de laureles pintados con los nombres de los premiados en los concursos generales; el de Sainte-Beuve era el último. Quedaban todavía algunos claros en aquella serie: —Su hijo de usted ocupará uno de ellos — dijo con toda seriedad, a lo que creo, el señor L...

¡Ay de mí! ¡Que no había de realizarse su profecía!